

PEDRO ACOSTA BORRERO

LÓPEZ PUMAREJO



EN MARCHA
HACIA SU REVOLUCIÓN



Universidad de Bogotá
JORGE TADEO LOZANO

López Pumarejo
en Marcha hacia su Revolución

PEDRO ACOSTA BORRERO

López Pumarejo
en
Marcha hacia su Revolución



Universidad de Bogotá
JORGE TADEO LOZANO
BOGOTÁ, D.C., COLOMBIA, 2004

Pedro Acosta Borrero

López Pumarejo en marcha hacia su revolución – Bogotá: Fundación
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2003.

326 págs. 17 x 24 cm

ISBN 958-9029-65-5

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO
Carrera 4 No. 22-61 – PBX: 242 7030 – www.utadeo.edu.co

RECTOR: JAIME PINZÓN LÓPEZ

DIRECTOR EDITORIAL: ALFONSO VELASCO ROJAS

ISBN 958-9029-65-5

© PEDRO ACOSTA BORRERO

© FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: PATRICIA CARO MARTÍNEZ (SERVIGRAPHIC LTDA.)

DISEÑO DE CARÁTULA: FELIPE DUQUE RUEDA

CORRECCIÓN DE ESTILO: JULIO MATEUS

SCANNER Y RETOQUE DIGITAL: FRANCISCO JIMÉNEZ

IMPRESIÓN: SERVIGRAPHIC LTDA.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA
POR CUALQUIER MEDIO SIN AUTORIZACIÓN DEL EDITOR

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

CONTENIDO

PRÓLOGO:	En torno a la anécdota	7
I.	1886-1904: ENTRE LOS RESPLANDORES DE LA HECATOMBE	11
	De ruana roja y un gallo de pelea entre las manos	16
	Latifundistas, sastres y cantadores	20
	Rumores en el mostrador de la Calle Florián	24
	Una guerra que nadie quiso evitar	31
	Privilegiada escuela de emergencia	34
	Reinado marroquinesco	40
	Estudiante en Brighton	44
	La paz de Wisconsin y luto por Panamá	46
II.	1905-1908: "IR SOLO Y DESPREOCUPADO A CORONAR MIS AVENTURAS"	53
	Dos imágenes, un alejamiento	58
	Reyes: los ecos de Barrocolorado	62
	Un joven romántico	67
	De Quito a Albany	71
III.	1909-1913: LA HORA GERMINAL DE LOS CENTENARISTAS	79
	Una libertad simplemente enunciada	82
	El plan de marzo	86
	Gentleman andariego	89
	López y Keynes: visión del estado activo	94
	Esplendor republicano	97
IV.	1913-1914: PRIMERA VICTORIA DEL POLEMISTA	103
	López acusa	111
	Orfandad del liberalismo	117
	Presidentes, libreros y escritores	118

V. 1915-1917: DEL CONGRESO AL OSTRACISMO	123
Divergencias en López y Cía.	132
La nación de 1916	136
Oposición insular	145
Una nueva doctrina liberal	150
VI. 1917: ADVENIMIENTO DEL UNGIDO	159
Las aguas mansas	164
La revolución que estremeció al mundo	168
Desde los púlpitos y confesionarios	173
VII. 1917-1918: UN BANQUERO INSÓLITO	183
Asomos de una nación burguesa	188
Asfixia monetaria	193
Negociación de equívocos	198
Banco Mercantil de Colombia	201
Estrategia de un financista	205
VIII. 1918-1919: LOS FUSILES DEL 16 DE MARZO	217
Nace el socialismo colombiano	223
Fin del ostracismo	227
Bautismo de sangre	229
El santo oficio de la indignación	234
IX. 1919: PRELUDIOS DE UNA RENUNCIA	243
Cenáculo de inconformes	252
La conspiración del cohete	255
Se venden sueldos	263
Intrigas en torno al subsuelo	264
Constitución del partido obrero	267
X. 1920: EL RETO DE LA CRISIS CAFETERA	273
Confabulación contra López	282
El Magdalena a vuelo de Junker	286
Octubre negro	290
Ahí llegó el señor de Monserrate	294
Renuncia el banquero	305
EPÍLOGO: Trazos de un perfil definido	309

Prólogo

EN TORNO A LA ANÉCDOTA

Escribió Pedro Acosta, ya con los borradores de este libro en limpio y con la intención de prologarlo: "Desde mucho antes de que Alfonso López Pumarejo se incorporara a nuestra historia como una de sus figuras cimeras, al ejercer como Presidente las audacias del cambio que concretó el ingreso real de Colombia al siglo XX, dos constantes antagónicas parecieron siempre seguirle los pasos. Una, la del desconocimiento de antecedentes que acreditan su posterior y arrolladora autoridad política o su carácter de estadista visionario. Por el contrario, unos cuantos quisieron identificarlo como el mago de las sorpresas que de improviso había saltado al primer plano. La otra se nutre de un anecdotario intrascendente según el cual el rico heredero, de los más acaudalados de ese entonces, sólo había nacido a la vida pública en 1928. Y de ese esfumado pretérito se tejen fábulas como aquella que alude a la noche de la quiebra del Banco López durante la cual, supuestamente, Alfonso López sale paso a paso por la Calle Real con uno de sus hermanos quien le pregunta:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Metámonos en política, habría respondido con desparpajo".

Así fue como Pedro Acosta dejó su prólogo en puntos suspensivos y en ellos lo retomo con la certeza de que este libro es la presencia de López Pumarejo en ese "tiempo anterior". Claro, una anécdota generalmente hace referencia a un suceso circunstancial o irrelevante, pero si con ella se pretende suplir una época no será más que la expresión torpe de un vacío. Una anécdota puede ser más que eso. El autor prefirió entenderla como un relato a manera de ilustración, y es así como esta biografía de juventud, producto de la dedicación de varios años, propone una sucesión de hechos y una forma magistral de relacionarlos que sabe ilustrar a su protagonista

liberándolo de esa imagen superficial que abrazara la vida pública "por deporte", al decir de algunos de sus contemporáneos.

He aquí un valioso aporte histórico, fundamentado en variedad de fuentes y legado por un investigador de vocación que gustó siempre escudriñar en los avatares de la política y el pensamiento del siglo XX colombiano. Es la ilación de todo un periodo que parte desde 1886, año del nacimiento de López Pumarejo y de la Constitución de Núñez y Caro, y que empieza a correr con las memorias de su niñez y aventajada adolescencia, de la singular educación que recibió de sus maestros y de sus tempranos recorridos por la vida, al tiempo que se iban afianzando las influencias indelebles del abuelo y del padre en una personalidad festiva pero de recio carácter.

Es también el recuento ilustrado de los sucesos que sorprendieron a Colombia y al mundo en los inicios de la nueva centuria. La Guerra de los Mil Días con las calaveras de Palonegro; la desmembración de Panamá y las contingencias alrededor del Tratado Urrutia-Thompson; la política conservadora de la paz y las intrigas en un país que caminaba tímidamente hacia la industrialización, frente a un liberalismo marginal y un socialismo incipiente; el surgimiento y ascenso de una burguesía nacional y la silueta lánguida de Suárez. Una sucesión de premoniciones y traumas silenciosos en contraste con el estruendo con que se derrumbaban los imperios de Europa en el escenario de la Primera Guerra Mundial. Aquí, el transcurrir de varios lustros en el curso de los cuales surge una generación que acabaría por desvanecer las sombras omnipresentes de la Regeneración y las aureolas de los héroes militares. El paso del mito a la historia. Y también el lapso en el que uno de esos jóvenes y brillantes centenaristas aprende, según su propio decir, a "cabalgar sobre el lomo de los acontecimientos" conjugando las visiones que obtuvo del gran mundo con las experiencias aprendidas en la provincia, donde se perfilaban, de la mano, las claves para un nuevo liberalismo y una nueva Colombia.

Es en este sentido de la anécdota que el autor intuye a López Pumarejo como una multiplicidad de presencias a través de sus primeras incursiones políticas, ya decisivas en la vida del país: la agudeza del banquero, la fe del optimista, los itinerarios del andariego y las perspectivas del parlamentario. Adquiere tanta vitalidad a lo largo de estas páginas que, en ellas, el lector experimentará el milagro de encontrar a un personaje ilustrándose a sí mismo a partir de los hechos que lo rodean en ese fenómeno palpable del "tiempo anterior".

Pero esto no era suficiente para el genio del autor, y así supo entender, también por anécdota, el argumento de su presente obra. Entonces nos entrega un relato que conjuga certeramente los rasgos de López Pumarejo: los trazos del perfil definido de aquél a quien algunos empezaban a llamar "jefe". Sucedió a finales de 1920, mucho antes de aquella noche en que quebrara el Banco López. Su evidencia se plasma en carta de Julio H. Palacio donde refiere su conversación con Alfred Meyer sobre la renuncia de López a la gerencia del Banco Mercantil de Colombia y cómo insistió éste en su determinación, movido por una íntima y ancestral convicción que, desde entonces, se le presentó como un imperativo de vida:

—Hasta la última vez, confiesa Meyer, le hice presente que hacía mal en abandonarnos...

Los puntos de este pasaje no quedaron en suspenso porque el desenlace nos lo relatará Pedro Acosta luego de haber desenmarañado las circunstancias que esta anécdota contiene y de las cuales ella resulta. Y encontraremos que tal es el hilo conductor de este milagro literario, acometido por un espíritu amplio con la precisión del investigador asiduo y la elegancia del artista refinado.

En suma, esta biografía cuyo prólogo me he tomado el triste y placentero atrevimiento de terminar, es una revolución en sí misma por constituir una revaloración del sentido de la anécdota, como fue revolucionaria la obra de López Pumarejo, el personaje a quien nos es permitido conocer en mayor y mejor medida. Ambas obras fueron concebidas cabalgando sobre el lomo de los acontecimientos. La de Pedro Acosta, finamente ejecutada, está concebida, además, cabalgando sobre el lomo de las palabras.

LORENZO ACOSTA VALENCIA



La casa natal de Alfonso López Pumarejo en Honda, puerto que era entonces epicentro del comercio de importación y exportación. Allí veía de niño "llegar las mulas cargadas de café y regresar trayendo productos manufacturados en Londres, Hamburgo, Amsterdam o Nueva York". Archivo de Don Pedro López Michelsen.

1886-1904

ENTRE LOS RESPLANDORES DE LA HECATOMBE

La última noche del siglo XIX fue de una vigilia crispada para los colombianos que hicieron su tránsito a la nueva centuria empuñando las armas fratricidas. Sin embargo fue una noche despejada. Quienes la vivieron en los campos coinciden en que por un cielo nítido y tachonado de estrellas se arrastró la estela de los disparos que despedían a 1899, hasta confundirse con la cola de las detonaciones que trazaron al viento los primeros instantes del nuevo siglo. Bogotá se recogió temprano y abandonó a su soledad las calles y la Plaza de Bolívar, con las sombras de las columnas inconclusas del capitolio aún más perfiladas que de costumbre. Los agentes del implacable Aristides Fernández, jefe omnímodo de la fuerza pública y secreta, espiaban entre la desolación que remataba en los cipreses alrededor de la estatua del Libertador, huérfana en el centro de las altas verjas herméticamente cerradas. En el litoral norte era un viento fuerte que esparcía los rumores sobre desplazamientos de los barcos de guerra del gobierno o de la revolución, mientras por los campos circundantes a Bucaramanga, a ese cielo nítido con sus constelaciones rutilantes lo cruzaban fogonazos que salían de uno y otro campamento. Saludaban esta guerra inclemente que entonó sus himnos hasta el amanecer del primero de enero en los requintos, los toques de corneta y tambor, improvisando melodías nostálgicas que debían quebrarse en lúgubres memorias. La paz era entonces tan herética como lo fue hasta la medianoche anterior. Y allí, en los alrededores de Bucaramanga, el eco de los disparos al aire repicaba premonitorio sobre el pronto enardecimiento de la conflagración que sembraría a Palonegro con montículos de calaveras perforadas a balazos.

Pero aquel primero de enero el siglo XX no había llegado aún a Colombia.

Al amanecer en Bucaramanga, Rafael Uribe Uribe lo saludaba: "Este año no terminó sin que viera el principio del triunfo de la causa liberal. El primer mes del próximo año verá izar esta misma bandera en las alturas del capitolio". El 18 de diciembre confirmó la victoria increíble de Peralonso cuando, en un instante robado a las entrañas de lo imposible, precipitó el ímpetu de sus hombres al cruzar solitario un frágil puente acribillado por ráfagas cerradas del enemigo. Un desafío a la muerte que iba volviéndose rutina, con cargas arrojadas entre los dantescos perfiles de la contienda, descritos en esa alocución suya. "¡Soldados! Después de 36 horas de marcha bajo la lluvia, hambreados e insomnes, peleásteis dos días continuos en las márgenes de Peralonso. Vuestro valor igualó a vuestra tenacidad (...) Un levantamiento del país entero va a sobrevenir. Puede darse la revolución como triunfante, y la Regeneración por muerta". Y el 25 de diciembre, aquella proclama suya que Alfonso López repetiría treinta años más tarde ante el desconcertado candidato conservador Alfredo Vásquez Cobo, para abrir paso a la toma liberal del poder, ese sueño delirante de los combatientes de entonces: *"Hoy es Pascua, la Pascua florida del liberalismo, que con su primera victoria ve reverdecer el árbol de sus libertades..."*

Entre discursos inflamados por el triunfo y la centelleante marcha de los ejércitos rebeldes, las horas iniciales de 1900 seguían dirimiendo aquel conflicto alrededor de la libertad. El gobierno de la Regeneración enarbolaba la Constitución del 86 como bandera sacra pero la amparaba con una serie de actos y disposiciones transitorias que circunscribieron a las armas la decisión última: el *artículo K* de la *Ley de los caballos* —"mientras no se expida la ley de imprenta, el gobierno queda facultado para prevenir y reprimir los abusos de la prensa"—; Aristides Fernández cuyo sólo nombre se pronunciaba como sinónimo de ergástula; o las contribuciones forzosas, eran manipuladas por el intransigente cenáculo conservador de los nacionalistas inspirado por Miguel Antonio Caro. Impusieron en la Presidencia al octogenario Manuel Antonio Sanclemente, trayéndolo a marchas forzadas desde el Valle del Cauca, aunque tuviera que retirarse inmediatamente a Anapoima, Tena y Villeta, una desesperada peregrinación en busca de clima benigno para su precaria salud. El símbolo del poder deambulaba por esas poblaciones, pero el poder real era Caro cuya rigidez conceptual contrastaba con un humor zumbón y urticante que traslucía displicencia aristocrática. Redactó la Constitución del 86 esmerándose en llevar una clara precisión autoritaria a algunas de sus cláusulas esenciales, aunque en su arquitectura reluciera la fachada liberal de los tres poderes. La leyenda de Rafael Núñez, su mirada inescrutable y sus barbas, y su figura desgarrada

bada, acentuadas por un largo gabán que lo arropaba como una esfinge al caminar, lo convirtió en un mito odiado por el liberalismo, imposible de separar de Caro. Núñez era la traición y Caro el Presidente por imposición suya. El gobierno pasó así al conservatismo y se franqueó el camino a esta Carta centralista que derogó la federal del 63, súmmum del idealismo radical, y a la cual Víctor Hugo calificó de *constitución para arcángeles*. Caro pulía uno de esos ingeniosos juegos de palabras a los que se inclinaba para vanagloriarse de que la suya establecía *una monarquía desgraciadamente electiva*¹. En ese 1886 estaba, pues, la raíz de esta divergencia que empapó en sangre a Colombia y la puso de espaldas al tránsito de uno a otro siglo.

Alfonso López nació el 31 de enero de aquel año en que, al promulgarse esta Constitución, también se dió vida a la Regeneración.

Con los primeros días del 900, los estragos de la guerra se multiplicaron desde los escenarios de batalla de Santander hasta turbar a Bogotá, que estrenó luz eléctrica para impulsar la penumbra monetaria. "Un peso de comienzos del 99 que entonces, por el respaldo en metal amarillo, valía uno en oro, ahora vale medio centavo porque el Ministro de Hacienda ha dado a la energía eléctrica recursiva aplicación a las finanzas públicas: la de mover las máquinas impresoras de billetes, que accionan planchas de a cien pesos y no encuentran reposo en toda la noche"². El gobierno de la Regeneración llegó a imprimir mil millones de pesos, suma descomunal para el país de entonces, cuyos 3 millones escasos de habitantes se diezmaban entre sí y asolaban tenazmente los campos, y había quedado obviamente aislado del comercio exterior al final de un siglo de pertinaces conmociones internas que le cerraron cualquier posibilidad a la producción.

1895... 1900... 1899... 1886. Todo ordenamiento temporal quedaba trastocado en esta vorágine colombiana, desatada un mediodía de agosto del 86, cuando el ocre panorama achatado de Bogotá fue sacudido por salvas de

¹ Durante muchos años fue célebre una anécdota atribuida a Caro. En los días en que se promulgó la Constitución del 86, un amigo le dijo: *"Me temo que hemos creado una monarquía"*. Caro lo interrumpió con su característico aire zumbón: *"Desgraciadamente electiva. Pero todavía sería tiempo de arrepentirnos y hacerla hereditaria"*.

² HUGO LATORRE CABAL. **"Mi Novela. Apuntes auto-biográficos de Alfonso López"**. Ediciones Mito, Bogotá (1961) p. 263.

artillería, heraldos del implantamiento de la Constitución que debía garantizar la paz disciplinada. En octubre del 99 estalló la guerra, confirmada por carteles que se desprendían de las paredes y que eran barridos por un viento que presagiaba las inclemencias prolongadas hasta el siguiente siglo. En ese torbellino sólo el café mantendría en pie su imperio, iniciado en los cortos períodos de tregua. Ahora cuando el 86 se acerca a la promulgación de la Constitución centralista —redactada febrilmente en Bogotá por Caro y sopesada con el escepticismo enigmático de Núñez—, en Honda Pedro Aquilino López comprueba el ascenso del grano que comienza a enriquecerlo. El café está desprovisto de los riesgos de la quina cuya quiebra dejó un sabor de derrota nacional tan amargo como el que rezumarán las guerras mismas antes de un quinquenio. Si en 1877 se exportaron sólo 35.511 sacos con 2.219.966 kilogramos, en 1887, cuando Alfonso López cumplía un año, fueron 106.431 sacos con 6.651.980 kilogramos³. Sus precios avalaban esta triplicación porque crecían como espuma en mercados seguros, y saludaban con su bonanza al pequeño hijo del próspero negociante de Honda, ciudad entonces clave por ser puerta de entrada a Bogotá y dominar el Magdalena, gran río nutricio alrededor del cual giraba la actividad económica.

Punto de partida y compendio del comercio de importación y exportación, Honda era así mismo epicentro de la vasta región que se cubriría pronto de cafetos, desde las laderas cundinamarquesas hasta las que descujaban los colonizadores antioqueños a lo largo y ancho del occidente. En cierta manera era el corazón de la provincia que se reunía en las playas de su río, encajonado por las estribaciones cordilleranas que prolongaban a Colombia hacia el sur y el oriente y hacia aquel occidente que extendía el reinado del grano. Hacia el norte corría el Magdalena hasta abrirse al mundo exterior, de manera que era también contacto con ese universo tan lejano para una Bogotá esfumada en la laxa planicie. Síntesis de la provincia y a un mismo tiempo avanzada de un país distinto al pastoril que se enseñoreaba en la Capital, aislada para preservar su introspección monacal... Acá, por el contrario, se prodiga un reino terrenal con sus tentaciones y sus espejismos. Arrieros procaces con un halo de maldiciones oloroso a aguardiente y bogas y navegantes cuyas anécdotas se entrelazan para fabular sucesos insólitos que tenían por escenario otras regiones y hemisferios. Y mercaderes y comisionistas que traían desde aquellos remotos continentes

³ DIEGO MONSALVE. "Colombia cafetera". Barcelona (1927), p. 628.

objetos de asombro y otros idiomas, confundidos en esta pequeña Torre de Babel con los colombianos rasos de los cuatro puntos cardinales. Casi todos los días un barco llega o zarpa a su corto destino del Alto Magdalena que terminaba en Ambalema entre los turbiones del Salto de Honda. Se aleja hacia esas corrientes que rugen al devorarse la estela arrastrada por los golpes de su rueda al río, plateado por un sol que declina ante la ruda claridad del ambiente. Luego sigue siempre en crescendo el rumor interminable de todo puerto, agitado, vivaracho, mientras caen las lonas que enfundan esos objetos asombrosos, recién desembarcados, como si se trataran de cajas de sorpresas inagotables para alimentar la fantasía infantil.

De una de ellas debió saltar aquel anónimo fotógrafo en tránsito hacia Bogotá que perpetuó la primera imagen de Alfonso López, sin presentir siquiera que se convertiría en una referencia para la historia de este tiempo colombiano. La logró como una foto rutinaria de familia, una de esas postales comunes de la época. Un pequeño ser inocente, enfundado en ropón de seda lleno de lazos y encajes que confirmaban su buena crianza de padres acomodados. Quizá, ya con lo que significarán los años de esa vida, podría adivinarse ahora cuán inquieta se volvería pronto esa mirada ante los deslumbramientos de tantas revelaciones, porque allí, y hasta cuando cumpla sus primeros siete años, "se abrieron nuestros ojos asombrados a la inmensa realidad de nuestra patria mulata, mestiza y tropical, contemplada desde aquel observatorio, en la confluencia del Magdalena y el Gualí a donde venían a surtirse de toda clase de artículos los comerciantes de los cuatro confines del país" ⁴.

A su alrededor, en ese tiempo precoz —evocado cuando se despedía de sus conciudadanos con palabras que reconstruían los acertijos de su destino— los recuerdos lo rondarían con realidades casi mágicas por partir de lo elemental. Aquellos arrieros que alardeaban de sus aventuras y le daban a la existencia un sentido picante y conturbador o retaban a correr los dados entre una fragancia esparcida de café... Así mismo cualquier día alzaría su carpa un circo con su elenco de milagreros o un músico afinaría un piano mientras en la otra esquina alguien punteaba un tiple. Eran las lecciones tempranas de ese ambiente que le deslumbraba la imaginación al descubrirle prematuramente el alma y las dimensiones de esa Colombia que afloraba. "A las orillas del Gran Río —son también sus palabras— veíamos

⁴ ALFONSO LÓPEZ. **Testamento político**, discurso ante la Universidad Nacional, último que pronunció en Colombia, 4 mayo 1959.

llegar las mulas cargadas de café y regresar trayendo sobre su lomo dócil los más heterogéneos productos manufacturados que desde Londres, Hamburgo, Amsterdam o Nueva York despachaban, dirigidos a la aduanilla de Sabanilla, los corresponsales de los grandes distribuidores”.

Por ello deja estos recuerdos, para siempre imborrables, aunque en aquel primer retrato se bosqueje apenas su talante con el atisbo de esa mirada que comenzaba a revelarle el mundo. Una lámina corriente de la época con unos claroscuros postizos por los ácidos que se aplicaron con las premuras impuestas por las amenazas del calor. Sin embargo, de ese juego contenido de penumbras saltaría el perfil que se le escapó a aquel fotógrafo peregrino, cuando grababa esta placa que creyó otro encargo de rutina.

De ruana roja y un gallo de pelea entre las manos

¿Pero cuáles influencias comenzaban a moldearlo? Ante todo la de su padre, cuya pasión por el trabajo va pareja con la convicción de que la política garantiza la ruina para Colombia. Aquí en Honda es una convicción que se arraiga al vislumbrar unas perspectivas posibles, a no ser por los presagios bélicos y que, además, se reviste de una amarga comprobación en carne propia. Años atrás esta constante convulsión, que convierte los discursos altisonantes en nubarrones que amenazan con teñir campos y ciudades de pólvora y sangre, le mostró en Bogotá la cara de las necesidades con su inseparable rictus de desengaños. En su ancestro ha jugado ya esa deidad absorbente, engañosa, que quizá le desazona con los recuerdos tumultuarios de los episodios de marzo del 49 impulsados por las Sociedades Democráticas. Testigo y actor de ellas, Salvador Camacho Roldán rememora cómo en su seno “sólo se hablaba de política y se hacían proposiciones extraordinarias discutidas con calor como si ese fuese un cuerpo deliberante”, de manera que “pronto empezamos a notar que ya no se miraba con simpatía a los miembros que habían recibido educación de colegio y usaban vestidos de mejor clase que la ruana y la chaqueta, con lo cual cesó la concurrencia de estas personas”⁵. En la caldera de la primera efervescencia clasista, los artesanos irrumpían en la vida pública al saltar al centro de un ambiente al que no eran ajenos los ecos de la revolución parisiense del 48 y de un socialismo incipiente, simultáneamente tocado

⁵ SALVADOR CAMACHO ROLDÁN. “**Mis Memorias**”. Tomo I. Edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá (1946), p. 107.

de un sentido humanitario que magnificaba a Cristo o se exacerbaba con el apotegma de Proudhon: *la propiedad es un robo*.

Entre los más salientes, Ambrosio López, sastre y quizá cómplice o por lo menos allegado de quienes tramaron la conspiración septembrina, sospechoso luego de participar en un complot contra Santander. Lo encarcelan pero al quedar en libertad el propio Santander lo llama a San Carlos y lo hace oficial de la guardia nacional de artillería. En la revolución del 40 gritará mueras a Vicente Azuero y Florentino González, atrapado ya por la política que para él tiene un signo popular, o sea para que los artesanos no fuesen sacrificados por las utopías librecambistas. De allí a la constitución de las Sociedades de Artesanos mediaba un corto paso que se apresura a dar para agitar en seguida su conversión en las Democráticas.

Es entonces cuando los partidos se identifican por sus nombres Liberal y Conservador entre una polémica desatada por la prevención hacia el vocablo "socialismo", como sinónimo de anarquía arrasante, o por la inclinación a su invocación a algo desconocido pero intuído como esperanza igualitaria. Voces demasiado autorizadas, como la de Mariano Ospina Rodríguez, plantean desde entonces descarnadamente esa antinomia para extremarla. En vísperas de definir la primera plataforma del conservatismo, escribe: "Abrid los ojos, abridlos bien, y resolveos, o a ser las víctimas de la anarquía, a sufrir todos los horrores del comunismo, del socialismo, y de la venganza, o a continuar gozando de paz y libertad al amparo de la ley y del patriotismo ilustrado"⁶. Parecía una respuesta anticipada a las agitaciones de marzo del 49 y al tono altisonante con que José María Samper invitará a José Hilario López y al Congreso a un enardecido grito de combate. "Abajo los agiotistas, abajo los monopolios, abajo las compañías de murciélagos privilegiados, para que el pueblo no se muera de hambre"⁷, voz que interpretaba los temores y las aspiraciones contenidas del común que comenzaba a intuir en las Sociedades Democráticas el nervio del primer liberalismo popular.

El propio Ambrosio López alza la suya entre aquellas voces acaloradas. "Trabajemos compañeros, que bajando a estos pérfidos tiranos conserva-

⁶ EL NACIONAL, Bogotá, 2 julio 1848, artículo *Qué espera la Nueva Granada de los liberales progresistas*.

⁷ EL NEO-GRANADINO, 19 mayo 1849, artículo *El pasado, el presente y el porvenir del partido liberal*.

dores, subirá el general López (...) quien con el personal de nuestro partido nos hará felices derogando esa ley que ha bajado tanto los derechos a las obras que nosotros podemos trabajar en el país". Así, aún con los recuerdos de la gesta de la Independencia vivos en sus veteranos —ahora arrojados a las amenazas de la miseria— el señuelo de la libertad revertía a estos yugos de desocupación y hambre que acarreamos el libre cambio. Florentino González lo concebía como la exaltación de los propósitos que impulsaron esa gesta magna, en consecuencia, como su culminación que borraría los rastros coloniales. "Una democracia ilustrada, una democracia en que la inteligencia y la propiedad dirijan los destinos del pueblo; no queremos una democracia bárbara en la que el proletariado y la ignorancia ahoguen los gérmenes de la felicidad y traigan la sociedad en confusión y desorden"⁸. Frente a esa democracia aristocratizante, con sus ideologismos cosmopolitas, inconfundibles por su énfasis en una libertad económica tan absoluta que dejaría inerte una nación en gestación, se interponían los artesanos. En la raíz de la confrontación enarbolaban la defensa del trabajo nacional, y por lo tanto las aspiraciones todavía indefinidas de esa "democracia bárbara", el estado llano con sombrero de jipa y alpargatas. Un reto irreconciliable que parte la hora inicial del liberalismo con una división por la cual se pasea la figura popular de Ambrosio López, su ruana roja igualitaria y un gallo de pelea en las manos.

La efervescencia alcanza el clímax el 7 de marzo del 49 cuando el Congreso elige Presidente a José Hilario López. La nave central del templo de Santo Domingo se había improvisado como hemiciclo, pero el escenario de la contienda se extenderá hasta su atrio y la Calle Real que desborda en la Plaza de Bolívar la agitación de los artesanos. A una cuadra se han emplazado piezas de artillería y algunos piquetes de soldados sostienen sus fusiles en alerta conminatorio. Los artesanos gritan vivas al López general, azuzados por este otro López sastre, Ambrosio, primer presidente de las Sociedades Democráticas, título que le confirmaba su rango de jefe popular. Desde el atrio suelta uno que otro volador que estalla provocando carreras y el reagruparse de los artesanos, mientras en el hemiciclo el senador José Domingo Pumarejo no oculta su menosprecio por aquella chusma, antecesora de los draconianos que dividirán al liberalismo con los gólgotas. La jornada pasará a la posteridad bautizada con un acento recriminatorio. Los puñales de marzo.

⁸ EL SIGLO. 3 junio 1848.



Ambrosio López, "Mutero", el abuelo. Capitán de las Sociedades Democráticas, según dibujo de José María Espinosa. Museo Nacional, Bogotá. Archivo de Don Pedro López Michelsen.

"Cuando eligieron al candidato liberal, Ambrosio López se metió la mano al bolsillo e hizo balance: ochocientos pesos le había costado la campaña. Era todo lo que tenía" ⁹. El tumulto de los artesanos se disuelve, pero en las noches siguientes esporádicos fuegos artificiales destellan sus esperanzas, ahora con esta victoria de José Hilario López que les desata un frenesí inicial celebrado estruendosamente el 20 de julio, otro día inolvidable para Ambrosio López pues le costó "la pendejada de 350 pesos, y si no dígalo el señor Julián Gómez, a quien le salí debiendo 250 pesos de la pólvora, y sabe mis angustias y el trabajo que me costó completarle 200 pesos" ¹⁰. Sin embargo no era tanto esta bancarrota que le había significado el triunfo, sumada a la que venía desde la ley de Florentino González y de los días en que organizó y agitó las Sociedades Democráticas para combatirla, sino el relegamiento a que parecían reducirlo los gobernantes elegidos con sus desvelos. Comienza su desencanto aunque de pronto surge una reparación, el ofrecimiento de los cargos de Jefe Político de Bogotá o Prefecto en los Llanos de San Martín para que escogiera. Sorpresivamente opta por éste último, el alejamiento de su ciudad cuya administración habría podido dirigir aún entre las secuelas contradictorias del apoyo popular o las anti-patías por sus actuaciones del 7 de marzo, para internarse en el aislamiento de los Llanos. Regresará año y medio después pero ya su estrella de jefe popular declina y este olvido le endurece la desilusión que no tardará en aplacarle los ardores justicieros: "los que me habían dado palmadas en el hombro, los que me decían este Lopechitos tan buen muchacho, tan patriota, tan liberal, todos esos, después de que encaramaron, ni más los volví a ver" ¹¹. Es un desencanto que en el hijo aferrará profundamente porque a esos recuerdos de penurias seguirá la confrontación de todo aquello que podría construirse si la política no impusiera su constante presencia feral.

Latifundistas, sastres y cantadores

Maduró prematuramente en sus reveses, que era la única herencia del Capitán de las Sociedades Democráticas, y apenas al cumplir sus 18 años ya la guerra del 75 lo despojó de su primer empleo al clausurarse la casa mercantil de Silvestre Samper, a la cual había entrado como dependiente

⁹ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 73.

¹⁰ AMBROSIO LÓPEZ. El desengaño o confidencias de Ambrosio López, primer director de la Sociedad de Artesanos. Escrito para conocimiento de sus consocios. Bogotá. Imprenta de Espinosa (1851). Reimpresión en Bogotá, sin fecha, p. 19

aprendiz tres años atrás. Va en busca de mejor suerte a Cúcuta, pero esta primera salida de Bogotá le reserva sólo la vista de los escombros del terremoto que asoló aquella ciudad, de manera que debe regresar a pie con lo estrictamente indispensable. Asombroso punto de partida para una vida que se confundirá con el surgimiento, el desarrollo y el auge de las primeras etapas capitalistas de Colombia y que, igualmente, se asocia en su comienzo a los esfuerzos y las realizaciones de los Samper como empresarios que extienden sus actividades mercantiles más allá de ultramar. Rafael, hijo de don Silvestre, le pedirá pronto que vuelva a trabajar con ellos, y la confirmación de esta oferta de puño y letra del padre le significará a Pedro A. López su segunda salida de Bogotá, ahora para abrirle con el escarpado descenso a Honda, las rutas definitivas del éxito.

Don Silvestre lo aconseja y alecciona con un asedio de cartas que lee en los amaneceres de Honda cuando no sólo el clima cede a un asomo de benignidad, sino también al iniciar sus jornadas infatigables y minuciosas que se prolongan hasta la noche cerrada para no dejar pausas en unas horas que multiplica cada día al máximo. Fue la primera de las recomendaciones de don Silvestre, baño antes del amanecer, fricciones con alcohol si los calambres de la fatiga y el sopor apretaban la noche, trabajar sin cesar desde antes del sol hasta muchísimo después de que éste se pusiera. Aquí en Honda, a sus escasos 23 años, son consejos que comienzan a dar sus frutos, ya en vía de convertirlo de dependiente en comerciante acomodado que puede establecer casa propia. No sólo el rigor que se impone a sí mismo, sino una rara visión innata que le permitía a esa edad preveer los espejismos de la quina, con lo cual sustrae a sus patrones de la quiebra descomunal que arderá tanto como los estragos de las guerras, y adivinar, en la otra cara de aquella suerte nacional escurridiza, la fortuna del café. Mientras deja a un lado los libros de contabilidad o interrumpe la respuesta y clasificación de la correspondencia –esas exigencias detallistas de las casas mercantiles– puede aplicarse a estudiar las posibilidades de una vasta gama de increíbles renglones y a realizarlas. Tabaco o perfumes delicados, cueros o papelería de tramas sutiles, pianos... Con ellos principia a entrelazar una cadena de vinculaciones y créditos hacia las regiones vecinas y Bogotá, y pronto con las plazas matrices de ultramar.

Es una escuela severa, empeñosa, que no da la más mínima tregua desde este rincón del interior del país, enclavado bajo el nivel del mar y al que parecen asfixiar los cordones andinos con sus cimas en que se borra toda noción de tiempo, pero que es la síntesis de su provincia y desde la cual

también es posible adivinar el infinito mundo exterior. Alfonso López lo recordará: "Comerciante de origen modesto, recto y sencillo, emprendedor y tenaz, a él le debo lo que bien pudiera llamarse mi doctorado en colombianismo. A su lado me inicié en las experiencias de la vida colombiana de la época y el ejemplo de sus hazañas de empresario afortunado habría de servirme por el resto de mis días. Era un colombiano como los demás, intuitivo y ambicioso, surgido de esa entraña de la clase media que tantos hombres le ha dado a la República en todos los órdenes de la actividad pública y privada"¹².

El retrato que trazó el hijo, ya en la cúspide de su carrera política, confirma así esa primera influencia que no alcanzó a ser la predominante. Desde las sombras parecía acechar la del abuelo Ambrosio, revestida con su roja ruana igualitaria. Don Pedro A. abominó siempre de la política. Su vinculación con los Samper, y especialmente con don Miguel, le abrió el camino de la prosperidad pero sin borrar los rastros de esta otra determinante ancestral que marcará al hijo. Es en su casa donde esa influencia lo inclina al liberalismo "por la veneración que profesaba mi padre por don Miguel Samper, el Gran Ciudadano, y en el recuerdo de mi abuelo gólgota que tan señalado papel había desempeñado en la fundación de las Sociedades Democráticas"¹³. Su signo ancestral dominante ataba, pues, un nudo indisoluble con el turbulento 7 de marzo cuando "el señor Pumarejo, imperioso y soberbio con sus ojos azules, ha votado por Cuervo; López, voluntarioso, bajo, de inquietos ojos, ha gritado durante dos días su entusiasmo democrático"¹⁴. El uno, en su curul dentro del recinto, Senador conservador, "gran terrateniente de las tierras que pertenecieron, hasta la llegada del capitán de Santa Ana con su escuadra de gente de armas, al cacique Dupar". El otro, en el atrio, agitador liberal, "dueño de un modesto taller de sastrería en el barrio de las Aguas"¹⁵, de manera que a esta raíz bogotana de penurias confluirá aquella otra con su origen privilegiado en los latifundios de Valledupar. La encarna José Domingo Pumarejo, la cara contraria de la medalla con las ínfulas puntillosas de una tradición que se

¹¹ AMBROSIO LÓPEZ, *op. cit.*, pp. 16 y 17.

¹² ALFONSO LÓPEZ. Discurso ante la Universidad, 4 mayo 1959.

¹³ ALFONSO LÓPEZ. Discurso ante la Universidad, 1959.

¹⁴ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 35.

¹⁵ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 34.

hundía en la Colonia. Es el abuelo de María del Rosario, la madre de Alfonso López que murió cuando éste no había cumplido nueve años.

La primera noticia sobre un López corresponde a las postrimerías santafeñas de la Colonia con Jerónimo, sastre de los virreyes José de Ezpeleta y Antonio Amar y Borbón, casado con Rosa Pinzón, padres de Ambrosio quien nace en diciembre de 1809, ya próximo el grito del 20 de julio. La de los Pumarejos, por el contrario, se remonta al amodorrado apogeo colonial en el siglo XVII con la llegada de don Juan Manuel de Pumarejo y Casuso a quien, como a muchos segundones hijodalgos, seduce la leyenda sobre las riquezas indianas. "Los Pumarejos eran nobles caballeros, hijosdalgos notorios de sangre, y como a tales les dieron en el puerto de Santoña de Castilla la Vieja empleos honoríficos de alcaldes mayores, regidores, procuradores, síndicos generales y otros que sólo se daban en ella a los nobles caballeros"¹⁶ y esos valimientos le significarán la adjudicación de interminables tierras al sureste de la Sierra Nevada que, apenas en la generación siguiente, crecerán en feudos que abarcan lejanías tras lo remoto del horizonte, imposibles de recorrer en su totalidad para cualquiera de sus descendientes, con unos 30.000 novillos quizá en 120.000 hectáreas.

Y sin embargo, el ensueño indiano circundante, espontáneo, y los arrumes de litigios quisquillosos con la Real Audiencia distante, inclinan también a los de Pumarejo, en el aislamiento de sus latifundios, al descontento con el régimen colonial. La ruptura corresponderá a don Juan Manuel, padre del senador José Domingo, cuando 1813 se colme con el turbión de los ejércitos que improvisa Bolívar, los cuales irrumpen por aquellos contornos para perturbarlo todo como una fuerza descuajada desde lo hondo de aquella naturaleza primigenia. Don Juan Manuel de Pumarejo y Casuso les regala 3.000 novillos gordos y enseguida suprime el "de" en sus apellidos como si se acogiera al bautismo republicano. Será, apenas, una simpatía recatada entre esa tormenta centelleante... "Don Juan Manuel y el ya mayor don José Domingo, de bozo rubio y perfil purísimo, vieron pasar la guerra y llegar la Independencia en su casa del Valle Dupar cambiando ganados por onzas de oro, venerando la imagen de María del Rosario e impetrando milagros, que no han menester, del Santo Ecce Homo..."¹⁷.

¹⁶ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 36

¹⁷ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 44

Pronto los años iniciales de la nación que ha surgido y titubea entre un cataclismo tan continuo que se vuelve rutina, le hace temer a José Domingo por sus dominios, al igual que su padre se inquietara por ellos ante la Real Audiencia, y se opone a José María Obando con su carisma de puro pueblo que dicta los primeros vivas al partido liberal. En consecuencia, gana su matrícula conservadora. Por ella se encuentra en el Congreso como protagonista de las horas agitadas del 7 de marzo, aunque no sólo le preocupe la suerte de la República. También la de su hijo Sinforoso quien gozaba de celebridad en el Valle de Upar como "Polocho" que era la fama errante y alegre de los cantadores de décimas que juegan a la vida y al amor con incorregible despreocupación.

Sin embargo sería Gobernador de la provincia y Prefecto del territorio nacional de Sierra Nevada, Motilones y Atanquez, pero el final de sus días encajaría con un dolor que correspondió a las atribuladas preocupaciones de su padre. "Por 1870, cuando contaba 32 años de edad, el deseo de lucir lo llevó un domingo de festejos en Santa Marta, pasado de copas, a hacerle frente a un toro bravo entre el alegre aplaudir de amigas y amigos bien instalados en las barreras, con tan mala suerte que en un lance la bestia lo hirió de muerte. Pocas horas después expiraba "Polocho" rodeado de su esposa y de sus pequeños hijos: María del Rosario, así bautizada en honor de la imagen milagrosa del Valle Dupar, y Pedro Manuel"¹⁸. Su viuda Josefa Cotes de Oñate lo sobrevivió unos pocos días de manera que María del Rosario pasaría al cuidado de su tía Josefina Pumarejo de Mier, esposa de don Joaquín de Mier, con quienes viviría en los Estados Unidos para radicarse por último en Honda donde el destino de Pedro A. López elevaba su buena estrella. Es allí donde contraen matrimonio.

Rumores en el mostrador de la Calle Florián

En una mañana de mediados de 1893 los López Pumarejo salieron de Honda. El hijo de Ambrosio, el sastre y agitador de las Sociedades Democráticas, regresa a Bogotá como hombre acomodado y en camino de acumular una enorme riqueza. Forman una caravana con parihueleros y hombres de a pie que les llevan las petacas o sujetan previsivos las riendas de los caballos montados por la madre y los hijos mayores, protegidos todos con toldillos. Honda va esfumándose con sus calles soleadas y tocadas por

¹⁸ LATORRE CABAL, *op. cit.*, p. 55.

un constante bullicio extrovertido que desemboca sobre el Magdalena, por el cual se aleja un barco que termina por borrarse, dejando a la vista sólo una columna de humo que bien pronto dispersa el viento. Ese viento cálido, oloroso a recuas con café y a llanura, tan distinto al que comenzarán a percibir en la medida en que escalen la cordillera. La marcha es lenta y lo será mucho más cuando asciendan por caminos que culebrea, verdaderas escaleras agobiantes de lajas, con los cantos montañosos a un lado y los precipicios al otro.

Atrás en lontananza, van quedando la tierra caliente y aquella Honda, síntesis de la provincia y contacto con el mundo exterior. Detrás de las crestas de los Andes los espera Bogotá y su Sabana plácida donde se asienta el país pastoril. Pasan por Villeta, en el entreacto del peregrinaje desde la provincia calentana hacia la Capital almenada en la altiplanicie. Luego un paisaje con rigurosa distribución del verde, en sus gamas de sembrados y faldas de los cerros, y en los sauces llorones que se curvan sobre un riachuelo de silencioso discurrir. Hay algunos cercados de piedra musgosa y alguna choza tan solitaria que parece montarle guardia fantasmal a una carreta abandonada o a un chuzo de labranza olvidado. Al llegar a la Sabana el mundo exterior queda definitivamente ausente, ajeno en absoluto a este imperio del verde, del silencio y el aire pausado, donde el febril tiempo simulaba encalambrarse de frío. Se detienen en Serrezuela para aclimatarse antes del salto definitivo a Bogotá. Transcurre un año... En septiembre llegan por fin a la Capital que "parece un rebrujo de cosas lindas, nuevas y preciosas, y de vejeces, basuras y porquerías (...). El mismo abigarramiento y diversidad se nota en el gentío que circula por las calles; junto a un pisaverde en traje parisién, una india asquerosa de sombrero de caña y mantelina que fue de paño; junto al grupo de damas elegantísimas y lujientas, la montonera de chinos andrajosos y mugrientos; junto al landó tirado por hermoso tronco de caballos y conducidos por cochero de guantes y sombrero de copa, el carro de basura o los burros con los candolos de leche. Sobre todo ese laberinto de colores domina la nota triste del negro, pues hombres y mujeres visten, en un ochenta por ciento, de este color"¹⁹. No dejaba de ser tedioso este clima contrastado con el pródigo de claridad relente de Honda, pero se animaba con la expectativa política. La guerra o la paz.

¹⁹ TOMÁS CARRASQUILLA. **Obras Completas**, tomo II. Medellín, (1958), p. 731. Carta de 1895.

Si era cierto que al liberalismo lo dirigía Santiago Pérez, un civilista a ultranza, no lo era menos que el ímpetu de los belicistas ganaba en fuerza por la persecución oficial. El nombre de Rafael Uribe Uribe comenzaba su vertiginoso vuelo hacia un prestigio arrollador en los labios de un partido proscrito. La guerra, pues, volvía a cernir las amenazas de su inminencia y, pese a que don Pedro A. era la antípoda de la política y un convencido de la paz, no podía eludir este ámbito en caldeamiento creciente. Llegaba hasta su propia casa en las charlas de sobremesa, interrumpía sus conversaciones de negocios en sus instalaciones de la Calle Florián, siempre ante la curiosidad despierta del pequeño Alfonso. En septiembre del 94 murió Nuñez, el Regenerador que se había retirado a Cartagena, y cuando la noticia llega a Bogotá y se divulga entre salvas de artillería y toques lúgubres, nadie duda que están notificando la ruptura de la paz. El Partido Nacionalista que fundara con Caro también expira y la sucesión la recoge éste último, quien rebautizará su fracción como *Conservadores Nacionalistas*. Santiago Pérez desterrado. Clausurado **El Relator**, periódico vocero del liberalismo. Y como la pena de muerte la había restablecido la Constitución del 86, el espectro del patíbulo ronda a los otros jefes de ese partido como si desde el sepulcro recién cubierto de Nuñez emergieran aquellos monólogos suyos con el general Francisco J. Palacio a fines del 85:

—Para consolidar la paz y acabar con las guerras es necesario hacer un severo escarmiento, le dijo cortante.

El general Palacio le preguntó cuál sería.

—Un consejo de guerra a Gaitán Obeso y fusilarlo. Pero inmediatamente, ¿sabe?

Y pocos días después:

—Estoy pensando que la justicia debe ser pareja, y como se va a aplicar a Gaitán Obeso y a Acevedo como jefe del ejército rebelde en la Costa Atlántica y en el río Magdalena, hay que hacer después lo mismo con Camargo y Vargas Santos²⁰.

Al promediar enero del 95, Uribe Uribe escribió: "Prefiero dejarle a mis hijos el ejemplo de morir en el esfuerzo supremo de legarles libertad y de

²⁰ Anécdota relatada por el escritor Julio H. Palacio, secretario de Nuñez e hijo del general Francisco J. Palacio.

impedir que crezcan en un ambiente corruptor de abyección y tiranía". En la noche del 22 abandonó en secreto la Capital. Cuando al amanecer siguiente se reunía en La Vega con el general Siervo Sarmiento, en Bogotá un grupo intentaba asaltar los cuarteles de San Agustín. La casa vecina de los López se estremece con los estruendos de la fusilería y del cañón que luego se alejaron hacia los alrededores del Palacio Presidencial. Caro estaba prevenido y en pocas horas lanzó su contraataque y reimplantó el estado de sitio, mientras en La Vega quinientos hombres al mando de Uribe Uribe y Sarmiento desenterraban afanosos el parque ocultado diez años atrás, al final de la última guerra. Ésta fue rápida. En abril, Rafael Reyes entraba victorioso a Bogotá, cabalgando entre arcos triunfales y pendones azules y sobre flores esparcidas desde la estación ferroviaria hasta San Carlos. Seguido por un cortejo de uniformes constelados de condecoraciones y de espadas que se blandían al vacío para saludar balcones engalanados, Reyes parecía revivir una de esas litografías policromas germanas, con sus mostachos y casco prusianos y una mirada imperial bajo la visera plateada y el empenachado, e imponía quizá el recuerdo de la silueta de Bismarck entre su vasta parafernalia de *junkers*. Un espectáculo deslumbrante.

Sacude la imaginación de Alfonso López, apenas ahora en el tránsito a la adolescencia, dolorosamente marcada con la muerte de la madre en el diciembre último, antes de que él cumpliera nueve años. En los tres siguientes esta orfandad acentuará la influencia del padre —precisamente en una de las más críticas etapas de toda vida— un hombre de convicciones cristianas aunque alejado del culto y quien reserva todo su rigor a practicar unos severos mandamientos para alcanzar lo justo. Aunque sigue confiando la educación de su hijo Alfonso a los hermanos cristianos, no lo inquietaba que no hubiese memorizado el catecismo, ni imponía su asistencia a misa, todo lo cual se reservaba con mayor intensidad que nunca a la madre. A la par con su tabla de valores sobre el bien y a las austeras exigencias a sí mismo, como una moral estricta para su realización, temía a la política y por lo tanto a que sus hijos pudieran aproximarse al llamado ancestral del abuelo Ambrosio. Pero todo parecía favorecerlo con ese alud de noticias susurradas al borde del mostrador de la Casa Pedro A. López en la calle Florián que traen su rosario de carcelazos, destierros y éxodo. La represión está en su apogeo y agudiza la solidaridad partidista al extremo que el apolítico hombre de negocios traslada a su hijo del colegio de los hermanos cristianos al de Aurelio Martín Cabrera, catalogado como de los liberales. Cada semana acentúa esta ronda de la política

alrededor del hogar López Pumarejo al cual se ha mudado la tía Mercedes López para atender el cuidado de los huérfanos. Es cuñada de Nicolás Esguerra en cuya oficina se cita la Dirección Liberal de la cual forma parte con Aquileo Parra quien encarna la línea pacifista. Pero el mismo día en que le expidieron credenciales a Uribe Uribe para que obtuviera en Centro América apoyo para una próxima y eventual guerra, el pequeño López lo supo.

Tanto el mostrador de la calle Florián como la sala de su casa se han convertido en punto de reunión de los civilistas, y en las noches en que no acuden, la familia se congrega alrededor de don Pedro A. quien ordena a Alfonso leer en voz alta **El Relator** que logra reaparecer como órgano del liberalismo, y **El Autonomista** dirigido por Uribe Uribe. Marcan el contrapunto en que se debate el partido acosado en la derrota. El propio don Pedro A. se empeña en una iniciativa que debía trazar un rumbo distinto y realmente insólito para esos días de anhelos marciales. Con Rafael Rocha Gutiérrez ofrecieron financiar la fundación de un Instituto Politécnico, en las afueras de la ciudad, de manera que los alumnos liberales pudieran formarse alentados por un aire puro que despejara los prejuicios con que estaba sembrada la instrucción jesuítica. Inclusive le proponen a Miguel Samper que lo dirija y sugieren que los fondos recolectados para armas tengan esa orientación. 1897... 1898. A medida que se acerca la suprema hora crucial, Alfonso López pasa al Liceo Mercantil y don Pedro A. contrae segundas nupcias con Isabel Smith Pumarejo, prima hermana de María del Rosario Pumarejo.

Sus hijos la llaman Tía Chavela porque sus lazos afectivos son mucho más estrechos que ese cercano parentesco, ya que ambas crecieron y se educaron como dos hermanas bajo la protección de Josefina Pumarejo de Mier y de don Joaquín de Mier. En ella, pues, el López adolescente reencuentra el cariño maternal, una de cuyas manifestaciones era el cuidado de la formación religiosa. Contra lo acostumbrado en la época, a los 12 años — cuando llega al Liceo Mercantil— no había hecho aún su primera comunión. En una diferencia cortante con los hermanos cristianos, sus presencias de sotanas negras con la mínima excepción de los rígidos baberos blancos, el Mercantil obedece a una inspiración libre de fanatismos. En realidad, don Pedro A. abrigaba la esperanza de que lo sucediera en el emporio económico que forjaba, pese al desquiciamiento constante de un país al borde de las conflagraciones. Se apresuraba a adiestrarlo demasiado pronto en la correspondencia con sus agentes del exterior y en las prác-

ticas bancarias, y sin embargo aquellas lecturas de **El Autonomista** y **El Relator** y aquel contacto casi familiar con los actores del drama, mantenían latente el combativo ancestro populista del abuelo Ambrosio. Un día cualquiera César Julio Rodríguez —el "Cabezón" Rodríguez —se vuelve de improviso hacia él en la clase de historia universal.

—¿Quién es Dios? le suelta de sopetón señalándolo con el índice. Dígame López, ¿quién es Dios?

Hubo un silencio azorado, al cabo del cual el alumno alcanzó a balbucir:

—No sé quién es Dios. Dígamelo usted...

La clase lo coreó y Rodríguez les advirtió con suficiencia que tenía una definición que no les serviría, pero sus alumnos insistieron:

—¿Quién es Dios?

—Dios es la personificación del principio de la causalidad,²¹ replicó entonces Rodríguez en tono de revelación y aquella sentencia aguijoneó una curiosidad que llevó al alumno López a indagarla durante los días siguientes hasta que dió con un contabilista de su padre, bastante incrédulo y radical intransigente. Continuaron las charlas al pie del mostrador y a hurtadillas de don Pedro A., respaldadas por libros que le suministraba aquel dependiente silencioso durante el día y de fogosa locuacidad en las tardes. Entre ellos, **Las Ruínas de Palmira** del girondino Constantino Francisco Chassebouef, conde de Volney, compendio de su mística enciclopedia de 1790 que apasionara los sueños de Bolívar en Angostura y que ahora embebe por las noches al adolescente López. Su autor se pregunta y responde a sí mismo. "¿Por qué la igualdad constituye un atributo físico del hombre? Porque como todos los hombres tienen por igual ojos, manos, boca, orejas y la necesidad de utilizarlas para vivir, poseen, precisamente por este mismo hecho, un derecho igual a la vida, al uso de los elementos que la mantienen".

Tal apología de la igualdad parecía un resumen de las doctrinas intuídas por el abuelo populista. Su encuentro con el nieto estaba en marcha y más porque al regreso a las aulas, Rodríguez volvía a sus implacables prédicas inflamadas. El concordato era un adefesio "que había hecho del país una

²¹ LATORRE CABAL, *op. cit.*, pp. 227/228.

pintoresca finca que los curas tenían en el trópico". Ser liberal era defender la libertad, la de conciencia, la de prensa, la de reunión, ser enemigo del concordato, de la pena de muerte, y partidario del sufragio universal. Hablaba con una ardentía que él mismo justificaba al declararse hijo bastardo de Santiago Pérez, el amado jefe liberal que purgaba destierro, quien lo habría engendrado en circunstancias que parecían otro capítulo del exaltado romanticismo igualitario en boga. El expresidente Pérez tenía su biblioteca en la alejada Zipaquirá. La encargada de su limpieza había sido su madre. En consecuencia tenía por qué ufanarse de haber sido engendrado libremente entre los libros y de haber nacido entre los libros, por lo cual tanto le gustaban.

Con el 98 los presagios de guerra llevan a don Pedro A. a establecer una sucursal en Nueva York quizá con el recóndito propósito de contar con un punto de sustento cuando fuese necesario emigrar. De las aulas del Liceo Mercantil su hijo Alfonso sale muchas veces de brazo con el maledicente "Cabezón" Rodríguez, complacido con los febriles relatos que le hace sobre el convulsionado curso político. Retorno a nombres que le son familiares. Miguel Samper —cuya candidatura presidencial se lanza en contraposición a la de Manuel Antonio Sanclemente— es figura venerada por su padre, su contertulio, su expatrón, aquel "*Gran Ciudadano*" que representará mejor que nadie un liberalismo moderado por ser el trasunto del país que estaba gestándose. El café era su gran pibote y, como el café significaba contacto permanente con el mundo exterior, despertaba unas inquietudes antagónicas con las del aislado país pastoril defendido por los dogmas maniqueos de Caro. Iba identificando a una clase media que conquistaba la primacía económica y social, acercando a los pacifistas liberales dedicados a la siembra o la exportación del grano con los cafeteros conservadores de la gran Antioquia, quienes comenzaban a llamarse republicanos. Para ellos la guerra era descabellada, y así lo escuchó Alfonso López de labios de su padre muchísimas veces.

Pero también, y quizá azuzado por el "Cabezón" Rodríguez, se escapaba del Liceo Mercantil para irse hacia las barras del Congreso a escuchar a Uribe Uribe, solitario y tenaz en su oratoria, unas veces de análisis fluído y contundente y otras saturada de una emoción que presagiaba las sombrías horas por venir. Censuraba, reclamaba, conminaba con acentos de axioma. "Hemos sido perseguidos y acosados como "bestias feroces", nombre que una vez nos aplicó el presidente Caro en uno de sus mensajes; la existencia de nuestro partido ha sido considerada extralegal y así lo consideró

oficialmente el mismo personaje (...) El escollo está a la vista; podéis evitarlo dirigiendo la nave hacia las aguas tranquilas, o podéis deliberadamente estrellarla contra la peligrosa sirte de donde acaso no salgamos ni nosotros, ni vosotros, ni el país mismo". Erguido, con una relampagueante silueta espigada que acentuaba la enhiesta solemnidad de sus discursos, los pómulos salientes que enmarcaban la amplia frente y el bigote, además felino y voz que eran el prototipo mismo varonil, arisca en su angustiada imprecación: "Salvaos, salvadnos, salvad a Colombia". Los ecos letales parecían anticiparse. ¿Era, pues, ineludible la guerra?

No. Aún titilaban débiles destellos de esperanza. Los moderados creían posible la oposición civil en la medida en que el paso de los días —con la ofensiva cerrada de Uribe Uribe desde **El Autonomista** contra el pacifismo de Aquileo Parra —mitigaba levemente el hostigamiento de la Regeneración y enardecía la pugna conservadora entre históricos y nacionalistas. Una división que podría salvar al proscrito liberalismo... José Manuel Marroquín asumió el poder en su calidad de Vicepresidente y sus primeros pasos aparentaban alejarlo de la férrea intransigencia de Caro. El Congreso del 98, gracias a la influencia de José Vicente Concha —otro conservador convivente—, deroga el impuesto a la exportación cafetera y aquella *Ley de los caballos*, invocada para la prisión y el destierro de periodistas liberales, aproximándose incluso a un indulto. Son esperanzas fugaces para los civilistas cuya fracción quedará abatida bien pronto. Las cavilaciones de Caro quizá lo llevaron a suponer que manipularía el tinglado valiéndose de dos voluntades apacibles, las de los octogenarios Marroquín y Sanclemente. Si aquel lo defraudaba era la hora de llamar a Sanclemente como titular de la Presidencia para que la asumiera. Marroquín debía purgar su inclinación hacia los históricos, pero Sanclemente tuvo que posesionarse ante la Corte Suprema entre el clímax de la pugna interna. Aquileo Parra, el último de los patricios románticos del ciclo radical, también fue sustituido en la jefatura única liberal por Gabriel Vargas Santos. Quedaban unos días contados de paz.

Una guerra que nadie quiso evitar

Hacia los campos de batalla. 12 de febrero. Pacto Secreto. *"Los suscritos liberales, convencidos de que el restablecimiento de la República no se obtendrá sino por medio de la guerra, prometemos solemnemente levantarnos en armas contra el gobierno actual, en la fecha exacta que fije el*

Director del partido en Santander (...) En este compromiso empeñamos el honor militar y personal de cada uno de los firmantes (...) Paulo Emilio Villar, Director del partido en Santander. Rafael Uribe Uribe. Zenón Figueredo"²². De allí en adelante los rumores colman a Bogotá, desde el altozano de la catedral hasta el último rincón de los caserones cuyas fachadas uniformes se sumen taciturnas, con sus pequeñas ventanas, siempre cerradas. Última y concluyente conminación de Uribe Uribe en el Congreso. "No amenazo ni provocho. No vengo aquí como el Cónsul Romano ante el Senado de Cartago, trayendo en el canto de la toga la paz o la guerra, para que escojáis. No hago sino advertiros que esto, que no es hoy sino una simple petición pacífica en favor de nuestro derecho y que no implica debilidad otorgarla, sino antes bien fortaleza de espíritu, si la negáis, se convertirá mañana en demanda a mano armada"... A medida que el pacto secreto va rubricándose, cada uno de los comprometidos repasa sus efectivos. Les importa poco que no estén suficientemente apertrechados, porque sus delirios justicieros abarcan ya a Colombia de uno a otro confín. Habrá guerra por lo tanto, una guerra que desde ahora se enseñorea en el ambiente como si nadie quisiera impedirle y como si, incluso quienes la temen y la aborrecen, comenzaran a desearla para que determinase sus vidas.

Nadie lo dudaba desde el 28 de junio cuando Bogotá cimbró. Sanclemente se había radicado en Villeta por lo cual eran sus ministros quienes ejecutaban las órdenes de Caro, siempre en la penumbra de su biblioteca como si se solazara en este papel esfumado de dómine tras del trono, aferrado a la rigidez de su Constitución del 86. Los redobles de tambor y el tropel bajan hacia la Calle Real. Un cortejo sombrío. Doble fila de soldados con bayoneta calada y sus cautivos encabezados por Uribe Uribe y Zenón Figueredo. De súbito alguien lanzó el primer grito y desde allí la furia de los artesanos saltó de madre crispando los abajos al gobierno. Unos instantes después menudeaban pedreas y disturbios concéntricos. Alterado el orden público, y aunque a Uribe Uribe y los demás jefes liberales se les pone en libertad, ya nadie duda que en adelante soplarán turbiones marciales cruzados por detonaciones y borrascas de banderas y toques de cornetas. En la noche, ristras de viento helado alfilereteaban desde los boquerones de Monserrate, ululando como trompetas de majestades apocalípticas impacientes por tomar sus retaliaciones.

²² CARLOS ADOLFO URUETA. **Documentos militares y políticos relativos a la campaña del general Rafael Uribe Uribe**. Bogotá (1904), pp. XXV/XXVI.



Doña María del Rosario Pumarejo, la madre, quien habría de morir muy joven. Archivo de Don Pedro López Michelsen.

El texto principal de este libro
ha sido compuesto
en la tipografía de la familia
Raleigh BT
con tamaño de once puntos

Las labores de edición
fueron terminadas en la ciudad de Bogotá
durante el mes de diciembre del año dos mil cuatro.

La impresión fue
realizada sobre papel de 90 gramos
y encuadernación rústica con costura de hilo
pegado al lomo por sistema hotmell
en los talleres de Servigraphic Ltda.
Bogotá - Colombia

Con maestría narrativa y exhaustiva búsqueda de investigador, Pedro Acosta Borrero dejó el presente legado que recoge los años de formación de Alfonso López Pumarejo en el marco de los comienzos del siglo xx, época de profunda agitación en Colombia y el mundo.

A lo largo de la saga de una familia que habría de marcar su impronta en el país —a partir del abuelo Ambrosio, capitán de las Sociedades Democráticas en 1849— son muchas las historias que se entrelazan: la Guerra de los Mil Días, la separación de Panamá y los avatares de la indemnización, las figuras de Reyes, Concha y Suárez, los vaivenes de la política y de la incipiente economía que fijaba sus esperanzas en las esmeraldas, el petróleo y el auge de la industria cafetera. Entre tanto en Europa, la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa trastocaban el orden establecido.

Mientras en Colombia se discutía si el liberalismo era pecado, las excomuniones a ciertos periódicos y la eterna falta de circulante, surgían la aviación, una nueva clase burguesa y la llamada Generación del Centenario: Olaya, López, Santos y Gómez, quienes habrían de conducir la nación en las décadas siguientes.

Es el contexto en el cual se forja el caudillo y en el que el gran reformista comienza a tomar parte precozmente. Los registrados en esta biografía de juventud son los hechos que contribuyeron a consolidar la personalidad de Alfonso López Pumarejo en marcha hacia su revolución... que fue la revolución de las ideas en lo político, lo económico y lo social.

